

EN BUSCA DE LAS MASAS PERDIDAS

Los ejemplos del segundo caso son las guerrillas de Hispanoamérica, como los Tupamaros, que actúan por minorías profesionalizadas. En general, la «masa» permanece inerte. De esta aparente indiferencia surge la más reciente tesis mítica sobre la masa, la de la «mayoría silenciosa» —acuñada por Nixon frente a los grupos rebeldes a la guerra de Vietnam y, en general, a la política conservadora del país—. Si se examina el nuevo tópico se verá su contradicción con los principios democráticos: la mayoría, en un país articulado sobre ella, no puede ser silenciosa más que si está por alguna razón viciada, o por razones de alguna violencia invisible acallada. Pero en cualquier caso, el mito ha sufrido una variación violenta. Si en el siglo XIX era zoológica, si hasta ahora era infantil, en los dos casos necesitaba una minoría pensante y reflexiva, y dura y enérgica, que la dirigiese: eran las minorías selectas, eran las «élites». En la acepción de hoy, la «gran masa» es aquella de la que emana el gobierno, mientras que los grupos minoritarios —o los grupúsculos, en el lenguaje marxista-leninista desde su poder— son los que intentan la subversión.

La sensación que se obtiene es la de que se ha dominado a las masas, ahora dóciles, tranquilas; «sensatas» y «conscientes», si se las examina desde el poder que se dice sustentado en ellas; «alucinadas» y «drogadas» —por la televisión, por el cine, por el consumo—, si se las ve desde el punto de vista de las minorías de la oposición. Esta preocupación por el «vermassung» que tienen ahora los aristocratistas resulta ligeramente paradójica o contradictoria. Si admiten que el esquema de la pirámide social-intelectual es el de una masa indiferenciada y una «élite» a la que se suponen pertenecientes, ¿por qué se quejan de que la situación sea así? Probablemente porque se ven más indefensos cada vez ante el avance de «lo vulgar», porque una noche se han sorprendido riendo a carcajadas de un chiste ante la pantalla de la televisión, temen que sea el principio de su conversión en «rinocerontes», según la metáfora del autor antimasa lonesco. Y porque los Mecenas —hoy, el Estado y sus agentes— ya no los sostienen para que les diviertan a ellos con exquisitas invenciones espirituales, sino para que diviertan a las masas, y se ven obligados a adecuarse a los medios de expresión que desprecian, sin ser enteramente capaces de convertirlo en instrumento de «lo otro». ■ E. H. T.

EL FINAL DE LA AVENTURA

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

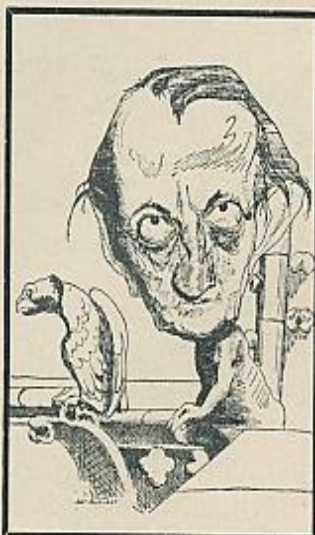
EN plena épica literaria fascista, la imagen del **condottiero** renacentista ocupó un privilegiado lugar como referencia mítica. La infantil hagiografía del fascismo resucitaba a aquellos mussolinis o hitleritos del pasado, que, a pie, a caballo o en coche, impusieron sus reales a providencialismo limpio. ¿Fulano de tal? ¡Es un condottiero! Y ya estaba dicho casi todo. Un jefe, audaz, dispuesto a la aventura. La aventura. En la tranquila Europa-hormiga de los años cincuenta, la idea de la aventura se había hundido en nebulosas charcos, a los acordes del último himno nazi. No es un azar que la literatura de la época sublimara las necesidades de aventuras en sus reales posibilidades convertidas en mito: Bombard... el mito del navegante solitario; Cecile... la aburrida protagonista de *Bonjour, tristesse*, el mito de la aventura que empezaba a dejar de ser galante para ser erótica. Bombard, educado todavía en todas las falacias del progreso, tiñó su empresa con anilinas de expedición psicocientífica.

«En igualdad de circunstancias (dando por supuesto el papel del espíritu, y entiendo por tal el valor, la esperanza de vivir), es posible sobrevivir si se cumplen determinadas condiciones físicas».

Pobre Bombard. Vivía unos años en que cada escritor nacía ya con su crítico literario, como los lotes de galletas hojaldradas que llevan su ganga de puré de patatas. Había cruzado el Atlántico para demostrar los recursos morales y físicos del hombre, como si la reciente contienda

mundial no hubiera bastado como piedra de toque. En realidad, Bombard era otra víctima del «*tedium vitae*» burgués, un hegeliano que creía cumplida la definitiva racionalización de la Historia: restituir a «La Marsellesa» su papel de himno galáctico de la burguesía. Una vez hundidos los condottieros hitlerianos, el mundo estaba tan bien hecho para la pequeña burguesía liberal europea, que daba miedo. Jamás el pavor se ha disfrazado tanto de bostezo.

Tipos como Malraux, Lawrence de Arabia, etcétera, son los hijos del gran aburrimiento burgués del siglo.



La sociedad es piadosa. Muerta la capacidad posible de aventura, prácticamente al día la cartografía universal, en mantillas la tecnología espacial, los programadores del tedio burgués crearon «aventuras imaginarias» de consumo a través del cine, del espectáculo, de todas las variantes subculturales. La inmensa mayoría pactaba con aquella aventura imaginaria. Concedían a los héroes del cine o de la subliteratura la representatividad de todo lo que en sus vidas hubiera podido ser. Pero había espíritus sensibles, enfermos sin medicina conocida, que añoraban los abismos situados más allá de la realidad total en que se había convertido el mundo.

Bombard se subía a una barca y forzaba las reglas del juego de la aventura. Hasta él, la aventura del navegante era una batalla histórica en la que se adecuaban el hombre y el instrumento para vencer el obstáculo de la materia. Y en esa batalla, el hombre había utilizado siempre su último conocimiento, la última herramienta, la más depurada. Era una aventura acuciada por la necesidad de sobrevivir, poseer, conocer... La aventura de Bombard en una herramienta prehistórica (una barca en la era del transatlántico) era una aventura inútil a la que los intelectuales buscaron hondas justificaciones. El benemérito cura Moeller diría sobre Bombard y su libro *Naufrage volontaire*: «La esperanza es humilde y, sin embargo, no muere, resurge constantemente, porque es esperanza de salvación, pero también esperanza para los otros: si la experiencia de Bombard llega a feliz térmi-



Shepard, Roosa y Mitchell: tres héroes modernos, protagonistas de un gran «show» a lo Hollywood que ya empieza a cansar a la gente.

no, «¡qué inmensa esperanza surgirá entonces en los sectores marítimos!». Ya son ganas de encontrar fines utilitarios, de justificar históricamente la aventura de Bombard.

Pero incluso las hoy consideradas tímidas aventuras de lecho de la triste Cecile de la Sagan, alimentaban la intelectualización de cualquier forma de conducta. La aventura de las sábanas prohibidas, del cuerpo prohibido, de una tarde lluviosa y prohibida, era para el propio Moeller el testimonio de la aventura desesperada frente a la aventura esperanzada de Bombard. Estos curas.

Los últimos aventureros

Obteniendo un casi definitivo conocimiento geográfico del universo, desde comienzos de siglo el espíritu aventurero se apuntó a las zonas conflictivas, abundantes y variadas: las luchas políticas latinoamericanas, el Medio Oriente, Asia. Nuestro siglo ha creado dos prototipos de estos hombres de acción, «caballeros del nihilismo» se les ha llamado, porque en sus empresas era más lo que negaban que lo que afirmaban: Lawrence de Arabia y Malraux. El primero buscaba en la negación de sí mismo la negación de la Inglaterra victoriana y la tediosa Inglaterra presente en los personajes de Glasworthy. Fascinado por las peculiaridades del mundo árabe, Lawrence el arabizado era en realidad un mítomano irracionalista. Vivía, pensaba y actuaba patológicamente, pero Europa necesitaba su mito,

sus rubias facciones envueltas en el vestuario árabe, su leyenda de agente secreto y problemático caudillo.

Como necesitaba también el mito Malraux como el Luis Candelas francés, intelectual, fotogénico, lo suficientemente socialista como para alamar, pero no tanto como para aterrar a la burguesía de entreguerras. Arqueólogo, antropólogo, «voyeur» revolucionario en Oriente Medio, China o España, Malraux tenía todos los encantos míticos para los ilustrados, incluso el de la conversión antes de morir. Porque nada hay que proporcione más placeres a las conciencias medias que el espectáculo del iconoclasta que va para ídolo o del revolucionario que va para degaullista.

Estos serían los últimos aventureros francotiradores a los que el siglo haya puesto nombre, piso y cartel de postín. En plena desmitificación, no hay lugar en la actualidad para aventureros de este cuño. Un personaje que podría acercarse al encasillamiento malrauxiano sería Regis Debray; precisamente él se ha esforzado en destruir sus rasgos comunes con el retrato tipo. Debray comprende el peligro que se corre de aplicar la mitomanía aventurera sobre la racionalidad y realidad del revolucionario. Debray es consciente de que en gran parte del mundo la acción revolucionaria aún tiene rasgos románticos, fácilmente manipulables, idealizables por los consumidores europeos. Pero también es consciente de que en la mayor parte del mundo la acción revolucionaria es cuestión de papel y lápiz, de azada y tractor, de computadora y orden del día, de oscuro

trabajo organizativo, de problematizado ejercicio del poder.

Los últimos aventureros reales son, pues, los navegantes solitarios, los espeleólogos, los alpinistas. En su soledad han visto cosas muy claras que no son verdad. En realidad, su esfuerzo es puro deporte y todas las consecuencias que pueden extraerse de sus acciones estarían al alcance del helicóptero, del laboratorio y de la electrónica. Pero hay un mercado de consumidores de aventuras, hay un consumo de aventura imaginaria que necesita canales de suministro. Los libros más vendidos en la época del final de la aventura son precisamente los de aventuras, las supuestas o las imaginarias: viajes al Himalaya, la expedición de la «Kon-Tiki», las Memorias de sir Chichester (el navegante más navegante y solitario de todos los navegantes solitarios), aventuras literarias de agentes más o menos secretos, mejor o peor secretos (desde el triunfalista James Bond hasta los héroes del cinico Le Carré). Toda la cultura de consumo se dedica a explotar el tema de la aventura, sea de la aventura a lo Bombard, sea de la aventura a lo Gary Cooper o sea de la aventura a lo Cecile y su blanco paisaje de sábanas prohibidas. Cuando los señores de la guerra se quedaron sin guerras manuales, inventaron el sucedáneo de la caza, el tiro de pichón y la ridiculez vajillera del tiro al plato. A punto de quedarse sin posibilidades de aventura individual, la industria cultural abastece de pastillas aventureras que compensan la mediocridad de lo cotidiano y, sobre todo, el nulo protagonismo de la propia vida.

Si el hombre se sintiera y se considerara protagonista de su vida (capaz de elegirla y dueño de sus acciones) no necesitaría suministros de aventura.

El suministro de aventura

El tema de la aventura necesaria ya tiene hondos raíces en la moderna cultura humana. En el periodo de entre guerras, el mito del «crimen gratuito» tomó cuerpo físico en el asesinato de un muchacho norteamericano a manos de dos jovencitos superculturales que le mataron porque sí. Tomó cuerpo intelectual de la pluma de André Gide, y años después un fiscal francés reprochaba a la influencia literaria de Gide nada menos que el asesinato de otro niño a manos de su madre, movida la mujer por el devaneo concupiscente por un gachó drogadicto de Gide. La «aventura imaginaria» ha alimentado a la industria subcultural de todo el mundo, sea la aventura basada en la superación de la distancia (Bombard, los recordman deportivos, los aviadores, etcétera), sea la basada en el riesgo físico (la subcultura de acción) o sea la aventura moral (el erotismo y el conflicto interpersonal).

Todos estos suministros de aventura están perfectamente conexados con la necesidad de que se mantengan las reglas del juego de las apariencias de la tranquilidad y la seguridad. Las aventuras imaginarias son la compensación necesaria de la real cotidianeidad alienada y ordenancista de la pax burguesa. Son como casas de tolerancia que garantizan la supervivencia de la pureza de la sociedad restante. Incluso cuando esas aventuras imaginarias se convierten en reales y el hombre urbano se emborracha, roba un coche e inicia una loca carrera contra el mister Hyde que lleva dentro cada día, la sociedad sabe que es un mal menor, un estertor de aventurero frustrado. En definitiva, ese Jeckyll, convertido por unas horas en el perverso mister Hyde, no ha hecho otra cosa que higienizarse.

La sociedad de consumo ha creado finalmente una insólita fórmula de «aventura imaginaria». Ha convertido en aventureros a los más serios revolucionarios del siglo. Cuando un industrial de la mitomanía enmarca al «Che» en un «poster» y lo pone en circulación, le ha convertido en Billy el Niño, o al menos la inmensa mayoría de receptores lo utilizan en ese sentido. Un «poster» del «Che» en un conjunto decorativo burgués **avantgarde** es un pellizco de emoción armónicamente combinado

EL FINAL DE LA AVENTURA

con un sillón de Joe Colombo, una lámpara de Verner Panton y una inquietante aguja gigante de Corberó. El «Che» en la pared es el pozo oscuro de la historia, como un complemento ornamental en la asepsia bidimensional, metálica y lacada en blanco de la madriguera.

Cuando un modista crea la línea Mao y los más tiernos cuerpos de la burguesía universal se ponen la recia casaca de austero cuello, un estremecimiento, similar al que experimentaría la amante de Luis Candelas al oír sus botas en la escalera, se apodera de las más delicadas espigas dorsales de la Europa del Liverpool sound. Y en el consumo de aventura imaginaria, poca prisa se dan los mercaderes: hay más demanda que oferta. El secuestro aéreo, el terrorismo, la guerrilla urbana, emociones fuertes que llegan al consumidor burgués con el precio gravado por la importación del mundo de sus perversiones voyeuristas. En Brasil, la acción guerrillera es historia. Para la burguesía europea, perfumería.

La aventura espacial

No hay duda de que la única aventura real, histórica, al alcance del hombre de nuestro tiempo es la espacial. No es menos cierto que se está convirtiendo en una aburrida aventura que cada vez interesa menos al público. La prueba de ese desinterés es la imposición política que del tema realiza la propaganda americana a través de los mass media a su alcance. En las últimas pruebas del proyecto «Apolo», los servicios de propaganda han creado un artificial suspense en torno a las pruebas para recuperar la atención del público: una avería técnica, un pequeño siniestro, alguna dificultad durante el vuelo, etcétera. En el reciente lanzamiento se produjo un retraso cuya real motiva-



La sociedad se inventa a veces los más absurdos argumentos para tratar de demostrar la utilidad de los viajes, perfectamente inútiles, que emprenden los navegantes solitarios.

ción técnica no parece tan clara como la propagandística.

¿Por qué ese desinterés hacia la carrera espacial?

La causa hay que buscarla en las películas de Gary Cooper. Si durante cincuenta años la subcultura cinematográfica ha creado un héroe individualizado que vence con la única ayuda de sus puños y sus pistolas, ¿cómo puede compararse ese héroe espacial, con mingitorio incorporado a la vestimenta, controlado a distancia, vigilado, conducido, «ejecutado» por mil ojos electrónicos de perfección extrahumana? ¿Qué «sex-appeal» emana de ese buzo galaxial? Además, es una aventura sin apaches, sin Fumanchú, sin el Gran Khan, sin alemanes, sin mexicanos, sin soviéticos tontos, sin chinos mao-miauistas. Los cosmonautas llegan a la Luna como Gulliver, enano, movido por los dedos

del gigantismo electrónico. Se sabe que la carrera tiene un antagonista, pero es una carrera de competencia desfasada. Muy distinto sería si los cosmonautas soviéticos y americanos salieran del mismo sitio y a la misma hora y con el mismo fin. Pero su competencia es distante y llena de amabilidades. Se felicitan por teléfono después de cada logro. Como aventura, una calamidad.

La tensión del hombre-cosmonauta, una tensión real, dramática, queda oculta debajo de su distanciadora escafandra. Los americanos han pretendido enseñar que el mundo puede conquistarse con la cara bonita y dos pistolas, su mitificación de la aventura imaginaria cuesta ahora la irrelevancia de la aventura real. Se ha ocultado que detrás de Robert Clive estaba el Ejército imperial de la Inglaterra expansionista, que detrás del doc-

tor Livingstone estaban intereses que a la larga conformarían sociedades como la Société Générale de Belgique y la Unión Minera de Katanga, se ha ocultado que detrás de los últimos geógrafos-exploradores que a partir de Humboldt completaron el definitivo conocimiento de la Tierra, estaba la búsqueda de las últimas rentabilidades de la Tierra. En definitiva, se ha explicado una historia de héroes sin otra motivación que su excelencia, y ahora, ante la evidencia de la electrónica como alhaueta de la aventura, ¿qué encanto puede tener ese torpe homínido, apenas bípedo, que balbucea pasos sobre la superficie lunar?

Puede decirse que la aventura es todo lo que podría hacerse para que una realidad insuficiente sea una realidad total. La idea de aventura está condicionada por la de limitación. La aventura del revolucionario que emplea la ametralladora o la octavilla para cambiar la historia, la aventura del adúltero que busca sábanas prohibidas para escapar a las limitaciones jurídicas, la aventura de los trabajos arriesgados (desde la minería hasta los limpia-cristales de fachadas). ¿Son aventuras? La valoración de estas acciones cotidianas como aventuras es una manera de quitarles valor real para subir el precio morboso. Porque entre un aventurero y un revolucionario, una ninfomana y una mujer acorralada por todo lo que legisla la propiedad de su cuerpo, un trabajador-circense y un trabajador necesitado de elegir un oficio arriesgado para sobrevivir mejor, media un ejercicio racional que no tiene precio en el mercado. La aventura corresponde a los siglos no autoconscientes de que alguien pagaba los platos rotos en el largo festín histórico interpretado por Julio César, Napoleón, Hitler, Raquel Meller, Amundsen, John Kennedy, Perico Chicote y todos los comensales de almuerzos con gente importante. ■ M. V. M.

